

LOS PRADOS.

La alfombra de verdura.—Belleza y fragilidad de la carne.—El brillo pasajero de los pecadores.—La limosna dada á los apóstoles en cambio de los bienes espirituales que dispensaban.—Las obras de la Iglesia.—Las almas santas.—Los prados floridos de la Escritura Santa.—El alma se seca como el heno, si se olvida del pan Eucarístico.

I.

CUANDO Dios sacó la tierra del abismo de las aguas en que estaba sumergida, dijo en ese mismo instante: "Que la tierra produzca yerba verde."¹

Y así como para adornar la mansion de los reyes comenzamos por poner bajo sus piés un magnífico tapiz, así también el mismo Dios quiso extender bajo los pasos del hombre que iba á nacer, esas praderas llenas de verdor y matizadas de flores; y desde el día de la creación no han cesado de desplegarse á nuestros ojos esos céspedes frondosos, así como las mil florecillas que los hermosean.

¡Ay de mí! ese verdor y esas flores no duran más que un día; y veamos desde luego la lección que con este motivo nos dá San Ambrosio. Considerando las praderas se pregunta: "¿qué grande enseñanza nos habrá querido dar la divina Sabiduría al crear esas yerbas que alegran los campos y que despues se secan?" y él mismo responde: "Que es la imagen de la vida humana y un símbolo aterrador de la miserable condición de nuestra pobre naturaleza. Ella figura la belleza de la carne; el brillo de esta belleza parece sublime á los ojos materiales, y sin embargo, como el césped de nuestros campos, no es más que una pequeña yerba que florece pronto, pero que más pronto se marchita; que presenta todas las apariencias de una vegetación exuberante y llena de vida, pero en realidad, ni es de duración, ni dá fruto. Es también la imagen de los primeros gozos del hombre que le acompañan en la flor ó primavera de la vida,

¹ Genes, I, 11.

"asemejándose á esas mismas flores de los prados que duran breves instantes y que se marchitan aun ántes de cortarse."¹

Por eso sin duda el Rey Profeta, comparando los años del hombre con la eternidad de Dios, pudo decir: "que éstos son nada, y que la hermosa mañana de sus días pasa como la yerba del campo, que apenas florece, cuando se pone mustia y se seca."²

En este mismo sentido exclama Isaías,³ diciendo: "Toda carne es como el heno, y toda su gloria como la flor de los campos. Se seca el heno y cae la flor: solo la palabra del Señor permanece eternamente."

"¡Oh! ¡qué terrible verdad es esta—continúa San Gerónimo—cuando consideramos atentamente la fragilidad de la carne y la inestabilidad de la vida! Ambas cosas se disminuyen con tanta rapidez, que el instante mismo en que lo estamos diciendo, ya pasó, volando con él, una parte de nuestra existencia."

"El niño pasa velozmente á la adolescencia, y sin sentirlo, llega con prontitud á la vejez; y el hombre comprende que es viejo cuando se admira de no ser joven. La mujer en el esplendor de su hermosura, arrastra tras de sí multitud de jóvenes que adoran su beldad; pero de repente ve que su rostro se ha marchitado, y por solo esto llega á ser un objeto de disgusto, aun para aquellos á quienes habia cautivado con sus encantos. Toda carne se seca como el heno, y toda belleza se marchita y desfallece como la flor del prado; y solo aquel que procura conservar dentro de sí la imagen del hombre celestial, que es Jesucristo, y que se va renovando de día en día para asemejarse más y más á su divino modelo, éste solo tendrá la felicidad de ver que su carne mortal será trasformada en un cuerpo incorruptible é inmortal."⁴

Por último, la Santa Escritura no cesa de estar presentando delante del hombre este mismo símbolo de su fragilidad. "En su gloria, en su riqueza, el hombre es semejante á la flor del heno." Así nos lo aseguran en sus Epístolas los grandes Apóstoles San Pedro y Santiago.⁵

II.

Pero muy principalmente conviene recordar á los pecadores la vanidad de su pasajera felicidad. "La prosperidad de los malos—dice David—es como la yerba del prado, que nace en la Primavera, cae en el Estío y se seca al momento:"⁶ y en otra parte asegura: "que apenas nacerá el pecador, como nace la yerba del campo, y se presentará en el mundo, cuando será arrebatado y desaparecerá para siempre."⁷

¹ S. Ambr. Hexam. lib. III. cap. 6

² Ps. LXXXIX, 6.

³ Isai. XL, 6 et sec.

⁴ S. Hier. Com. in Isai. Prof. lib. XI, cap. 40.

⁵ Petr. I, 24; Jacob I, 24.

⁶ Ps. XXXVI, 2.

⁷ Ps. XCI, 7 et 8.

“En verdad—dice San Agustín—que así como las plantas efímeras que apenas están en la superficie de la tierra y no la penetran con sus profundas raíces, comienzan á reverdecer al terminar el Invierno, y á los primeros calores del Estío se ponen amarillas y se secan, lo mismo sucederá con los pecadores, cuando en el día terrible y abrasador del juicio de Dios marchite y seque su gloria pasajera.”¹

Además, porque la pradera es el símbolo á la vez de la belleza y de la fragilidad de la carne, por esa misma razón convida á la ociosidad, que nos conduce siempre al pecado de la impureza, y por lo mismo, el libro de la Sabiduría se sirve de esta comparación para significar los deseos criminales de los impíos: “Coronémonos de rosas—dicen ellos—antes que se marchiten; que no haya prado por donde no pase nuestra desenfrenada concupiscencia.”²

¡Oh mundo! parece que ha sido en vano que para hacerte comprender la brevedad de tu vida, te haya puesto Dios por todas partes y bajo tus plantas esas débiles yerbas del campo que tan breve se marchitan y esas florecillas que no duran más que una mañana! ¡Oh mundo! tus placeres pasan aún con más rapidez y ninguna primavera los puede revivir.

III.

Dios ha creado la yerba y el heno de los prados para alimentar las bestias. “Él ha llenado la tierra—dice David—de las obras de sus manos: ha vestido de yerba los montes para nutrir á los animales, y los prados de legumbres para el uso de los hombres.”³

Este texto se interpreta por los Padres de la Iglesia en un sentido más elevado.⁴ Bajo la figura de esos animales que Dios alimenta con la yerba que ha creado en los campos, San Agustín reconoce á esos hombres apostólicos y á esos grandes predicadores del Evangelio, á quienes el Apóstol San Pablo aplica estas palabras: “No pondrás freno á la boca del buey que trilla. *Non alligavis os bovi trituranti.*”⁵

“¿Y cuál es el verdadero sentido de estas palabras?—continúa el Santo Doctor.—¿La tierra debe producir el heno que les servirá de alimento?”

El Señor ha establecido que los que anuncian el Evangelio vivan del Evangelio: por eso al enviar á sus apóstoles á predicarlo, les decía: “Comed lo que os pusieren delante, porque el obrero es digno de recompensa.”⁶

“Luego se les debe recompensar. Pero ¿qué es lo que han de dar y lo que han de recibir? Ellos darán los bienes espirituales y recibirán como recompensa los temporales: darán el oro y recibirán el heno, porque to-

¹ In Ps. XXXVI, serm. I, 3.

² Sap. II, 8.

³ Ps. CIII, 14, et CXLVI, 8.

⁴ S. Greg. Mor. XIV, 26. S. Aug. in Ps. CIII, Serm. III, 9.

⁵ 1. Timot V, 18.

⁶ Luc. X, 8.

“da carne es heno, y nada más justo que lo superfluo de los bienes de la carne, venga á ser el heno de los servidores de Dios, siguiendo la prescripción del apóstol:”¹ “Si hemos sembrado en vosotros tantas riquezas espirituales, ¿es por ventura una gran cosa el que recojamos una parte de los bienes temporales? *Si nos nobis spiritualia seminavimus, ¿magnum est si carnalia vestra metamus?*”²

IV.

Dirijamos ahora nuestra consideración á la verde espesura de los prados. Veamos en ella el emblema de los placeres del mundo, porque apenas brilla á nuestros ojos cuando se marchita y cae: además, en su germinación fecunda que cubre la tierra y le sirve como de adorno, según la interpretación de San Gregorio, podemos considerar también una imagen bellísima de la asombrosa fecundidad de las obras de la Iglesia. La tierra árida de la gentilidad recibió la lluvia de la divina palabra, y en el instante germinaron en su seno las buenas obras, como después de la lluvia aparecen con abundancia las yerbas de los prados.³ El mismo Santo Doctor interpreta en igual sentido estas palabras de Isaías: “En las moradas donde antes habitaban dragones ó serpientes, hemos visto crecer el junco y la caña verde.”⁴

Siguiendo la exposición de este Padre de la Iglesia, veremos, finalmente, que estas yerbas de los prados no solo simbolizan las obras buenas, sino que nos representan también á las almas justas. “Porque así como no germinan ni se levantan las yerbas en los prados, sino después de haber sufrido los rigores del Invierno, así también las almas justas no llegan á la perfección, sino después de haber pasado por las duras pruebas á que las sujeta la vida del mundo; y del mismo modo que la yerba cae bajo la guadaña de aquel que la corta sin exigir cosa alguna á la tierra que había adornado con su verdura, también las almas separadas de las cosas terrenas, van á Dios sin esperar del mundo la recompensa de sus buenas obras, con que lo esclarecieron y edificaron.”⁵

V.

El Padre San Gerónimo, que gozaba de las más gratas delicias en la contemplación de las Santas Escrituras, las compara frecuentemente en sus obras á un ameno prado donde recogía las más bellas y esquisitas flores. Anota de tal modo las palabras, que toma de nuestros libros sagrados, que viene á ser el más rico atavío y como el perfume de sus escritos.

¹ 1. Corint. IX, 11.

² Aug. in Ps. CIII, serm. III, 9.

³ S. Greg. Mor. XXIX, 26.

⁴ Isai. XXXV, 7.

⁵ Moral. VIII, 47.

Feliz el alma que en seguimiento suyo sabe poner toda su gloria en recorrer los floridos prados de la Escritura Santa.

Feliz el alma que con las flores que en ella ha recogido, sabe extraer la miel más sabrosa.

Feliz sobre todo el alma que con la verdad del Salmista, exclama diciendo: ¡Cuán dulces, oh Señor! son á mi paladar tus palabras, mucho más dulces que la miel más delicada.¹

VI.

Queriendo David explicar al Señor su grande miseria, le decia: "Mi razon se ha secado como el heno, porque me olvidé de alimentarlo con su pan."²

Oigamos á San Agustin, exponiendo estas palabras:

"¡Oh hombre! ¡fija los ojos sobre Adán! ¿No es él quien te ha legado esa pobreza hereditaria que tanto te aqueja? ¿No es él quien otra vez ha exclamado en su desesperacion: Me he marchitado como el heno y mi razon se ha secado? ¿y por qué? porque me he olvidado de comer mi pan: ¿qué pan? el de los Preceptos divinos, porque el pan de la alma es la palabra de Dios...."

"¡Oh hombre! vuelve á alimentarte de nuevo con aquel pan que habias dejado en el olvido: nutrete con el mismo Dios que es el pan vivo bajado del cielo; come de este pan y vivirás eternamente."³

¡Divina Eucaristía, permitid que al pié de vuestro altar venga á meditar estas palabras de ese gran Santo! ¿No es cierto que cuando me olvido de alimentarme con vuestro pan me he marchitado como el heno y se ha secado mi corazon? Efectivamente, tuve la desgracia de confiar en la vida presente como si su gloria y su belleza fueran durables, y pensaba locamente que los placeres y las ilusiones del orgullo impedirian que las flores de esta vida perdieran su frescura. Mas ya reconozco mi engaño: solo la carne divina del Salvador podrá reanimar la mia que diariamente desfallece, porque solo esa carne tiene el secreto de la resurreccion y de la vida.

¡Oh Santísima Eucaristía! con gozo me vuelvo á tus altares, y jamás me olvidaré de nutrirme con tu celestial alimento. Él reparará mis fuerzas, hará circular en mi corazon una sávia inmortal y el heno seco de mi vida refloreceará entónces para la eternidad.

¹ Ps. XVIII, 11.

² Ps. CI, 5.

³ In Ps. CI. serm. I, 4.

EL DESIERTO.

Lo que es el desierto.—El pueblo judío atravesando el desierto.—Jesucristo en el desierto.—Los solitarios.—Los cláustros.—El retiro.—La soledad en sí misma.—Cómo cambia Dios los rios en desiertos y los desiertos en aguas corrientes.—El mundo es un desierto.—La mesa servida en el desierto.

I.

LA Providencia, que ha derramado tanta variedad de riquezas en el suelo que habitamos, parece como que se muestra avara respecto de algunos puntos del globo. Allá, en lugar de una tierra fecunda, se encuentra solo arena, siempre estéril, nunca humedecida por el agua, y ménos aparecen las yerbas que pueden nutrir á nuestros animales domésticos. Ningun sér viviente interrumpe el silencio de aquella soledad; jamás fija el hombre en ella su morada; pasa por ella como huyendo, y apenas se percibe la señal de su tránsito por el polvo que levanta. Hé aquí el desierto.

Sin embargo, este desierto tiene grandes é importantes lecciones para el hombre que presta su oido á escuchar ahí la voz de Dios.

II.

Cuando el Señor libró á su pueblo de la servidumbre del Egipto, le fué conduciendo por el desierto donde le mantuvo por el espacio de cuarenta años; y solo despues de esta tan larga como penosa travesía, pudieron los hebreos arribar á la tierra prometida.

Unánimes están los intérpretes mirando en este pasaje del desierto una figura de la presente vida sobre la tierra, por donde tenemos todos la necesidad de atravesar ántes de llegar al cielo.

La historia del pueblo hebreo en el desierto nos lo pinta murmurando á cada paso contra su Dios, rebelándose contra su ley y echando de ménos aquella vergonzosa servidumbre de la que lo habia libertado.

Además, vemos en esa historia que este Dios siempre correspondía con beneficios á la ingratitud y malicia de su pueblo.

Imágen de lo que pasa aquí abajo entre los que viven como cristianos. A la servidumbre del demonio ha sucedido la libertad de los hijos de Dios. Mas para vivir segun quiere el Evangelio, debemos renunciar los criminales placeres del mundo y de la carne; pero sin estos placeres el mundo nos parece un desierto... por lo que murmuramos echándolos de ménos, diciendo á Jesucristo como en otro tiempo los judíos á Moisés: "Quizá no había sepulcros en Egipto, y por eso nos has traído á que muramos en el desierto; ¿para qué sacarnos de ahí? ¿para hacernos perecer?"¹ Mas la bondad de Dios no cesa de acompañarnos ni de multiplicar sus milagros en favor nuestro; milagros que nunca fueron vistos por los hijos de Jacob en su tránsito por el desierto. Porque en lugar del agua que brotó de la peña, tenemos el agua vivificante del bautismo; en vez de la columna de fuego tenemos la brillante luz de la Iglesia; y en lugar del maná, la Eucaristía. Vuestra voz, Señor, formidable como el trueno, conmovía entónces el desierto, y ahora es tu dulce y santa palabra la que nos consuela y regocija.²

III.

Jesucristo mismo, al principiar su vida pública, se retira al desierto para mostrar al pueblo cristiano la fuerza que adquirió ahí, y para que pudiese triunfar de los enemigos de su alma.

"Adán—dice San Ambrosio—fué vencido por el demonio en medio de las delicias del Paraíso terrenal y cuando estaba cerca de su compañera; Jesucristo solo, y en medio de la soledad y aspereza del desierto, alcanza sobre aquel la victoria, volviéndonos á abrir las puertas del cielo."³

"Adán había sido arrojado vergonzosamente del Paraíso y desterrado al desierto; aquí vino á encontrarlo Jesucristo para conducirlo de nuevo al paraíso de la gloria."⁴

Este hermoso recuerdo evangélico no pudo ocultarse á la memoria de los primeros cristianos. El mismo espíritu que condujo á Jesucristo hasta el desierto, debía también conducirlos á su vez; y á medida del conocimiento que iban adquiriendo, así de los peligros del mundo como de su propia debilidad, buscaron entónces el retiro y la soledad del desierto: por esto vemos que bien pronto el Egipto y la Thebaida fueron los lugares ó sitios señalados de los Santos: los Pablos, los Antonios y Pacomios fueron seguidos por millares de almas, y entónces parece que tuvo su cumplimiento aquella profecía de Isaías:⁵ "Se regocijará el desierto, saltará de contento la soledad y florecerá como el lirio."

¹ Exod. XIV, 2.

² Aug. in Ps. CXXXV, 9.

³ S. Ambr. Com. serm. fer. sec. post. Dom. II. cuadrag.

⁴ Amb. lib. III. in. Eva. Luc. cap. III.

⁵ Isai. XXXV, 1.

IV.

El alma cristiana quiere y busca el desierto, porque ahí se siente más poderosa contra sus enemigos espirituales, y porque ahí es donde se encuentra con su Dios. "Yo la conduciré á la soledad—le dice el Señor por boca del Profeta Osseas—y ahí le hablaré al corazón:"¹ y el alma fiel le responde con el Salmista: "Yo me alejaré huyendo de todo y fijaré mi morada en la desierta soledad."²

Ved aquí por qué tantas almas religiosas y tantas vírgenes cristianas pretenden con tanto empeño encerrarse en la soledad de los claústros que son para ellas otro desierto.

Ved aquí también por qué el amor y la práctica del retiro, son para todos los cristianos, una condición esencial para sus adelantos en el ejercicio práctico de las virtudes.

Y qué, ¿para llevar á cabo este retiro es necesario alejarse absoluta mente de las gentes con quienes vivimos, de las relaciones que nos hemos formado en la sociedad y de los deberes que nos ha impuesto la Divina Providencia?

Todos los Maestros de espíritu responden unánimes, diciendo que todo cristiano debe saber hacerse una soledad y un retiro dentro de su propio corazón.—San Ambrosio enseña, "que la mortificación y el ayuno transforman el cuerpo mismo del cristiano en una especie de desierto: *Desertum quoddam corpus christiani, cum non repletur cibis*, y entónces—agrega el Santo—es cuando el Señor se complace en venir hácia nosotros dirigiéndonos aquellas palabras del Salmista: "En una tierra desierta, sin camino y sin agua, apareceré delante de tí como en un lugar santo."³

Y San Agustín nos advierte aún, de una manera más clara, que la soledad del cristiano ha de estar en su propia conciencia: "Por todas partes donde fuéreis os alcanzarán los hombres é invadirán vuestro desierto; los pecadores mismos se juntarán con vosotros, y miéntas permanecéis sobre la tierra, en vano ensayareis el aislaros del género humano. Vuestro desierto ha de ser vuestra conciencia, donde ninguna cosa extraña puede penetrar, y á donde os encontrareis solo con vosotros mismos y con vuestro Dios."⁴

¡Oh! este desierto donde el alma sabe fijar su mansion aun en medio del estruendo y de las agitaciones del mundo, es también aquel donde se ensancha el espíritu con la fruición de los gozos celestiales y florece como el lirio. "*Florebit solitudo sicut lilium.*"⁵

¹ Ossee, II, 14.

² Ps. LIV, 8.

³ Ps. LXII, 3.

⁴ Amb. serm. fer. II, post, Domin. II cuadrag.

⁵ In Ps. LIV, 10.

⁶ Isai. XXXV, 1.

V.

El desierto es estéril por naturaleza. Le falta el agua que todo lo fecunda. Pero Dios que puede hacer correr el agua por el desierto, también puede retirar la que abunda en los valles, transformando en un desierto verdadero aun las tierras más fértiles y fructíferas.

Veamos cómo nos explica esto el Rey Profeta: "Dios ha cambiado los ríos en desiertos," y al contrario, siguiendo su voluntad, "cambia el desierto en estanques de agua y las tierras áridas en aguas corrientes."¹

San Agustín aplica ambos textos al pueblo judío y a la Iglesia: "Las aguas corrían en abundancia entre el pueblo judío por medio de las enseñanzas de los Profetas... Buscad ahora á esos Profetas entre los hijos de Israel, y no los encontrareis; la fé de Cristo ya se perdió; el sacerdocio no existe; el templo y el sacrificio, todo acabó. ¿Y por qué? Porque Dios quiso cambiar los ríos en desiertos. Ved aquí cómo sabe el Señor resistir á los soberbios."

Mas no dejemos de ver también cómo dá sus gracias á los humildes: "Dios cambia el desierto en estanques de agua, y las tierras áridas en aguas corrientes."

Él ha dicho á su hijo: "Tú eres sacerdote, según el orden de Melquisedec."² Vosotros buscareis entre los judíos el sacrificio de Aarón y no lo encontrareis en parte alguna; mas el sacrificio de Melquisedec se celebra en la Iglesia por todos los ámbitos del mundo, y desde el Oriente hasta el Ocaso, una víctima pura es la que se ofrece á nombre del Señor.³ Así es que, en lugar de las víctimas inmundas que sacrificaban las naciones cuando no eran mas que un desierto, vemos ahora por todas partes que brotan del seno de la Iglesia fuentes, ríos, estanques y aguas que corren con la mayor abundancia. Sí, Dios dá sus gracias á los humildes.⁴

¡Oh! ¡y cuánto no deberemos temer que el Señor cambie nuestras fuentes en desiertos! Digámosle con confianza: "¡Señor! sin Vos, mi alma no es otra cosa mas que una tierra sin agua: regadla, y este desierto llegará á florecer."⁵

VI.

Hay un desierto que debemos amar, y es el de la soledad con Dios; mas hay otro que debemos evitar á todo trance, tal es el que se forma en nues-

¹ Ps. CVI, 33 et 35.

² Ps. CIX, 4.

³ Malach. I, 11.

⁴ S. Aug. in ps. CVI, 13.

⁵ Ps. CXLII, 6.

tro corazón cuando el Señor se aleja de nosotros y nos abandona. Donde no está Dios, está el desierto; y ni el brillo de las reuniones mundanas, ni la importancia de los hombres, podrán jamás llenar la inmensidad de su vacío.

En este y no en otro sentido, el mundo es un desierto á los ojos del hombre cristiano. Este busca en el mundo á su Dios y no le encuentra; y entonces aspirará por el cielo, donde el amado de su corazón habita con sus Angeles y Santos. ¡Oh! con cuánta razón esta compañía le parece mejor que la de los hombres....!

VII.

Cuando los judíos atravesaban el desierto, decían murmurando contra Dios: "¿Para qué nos habeis sacado á este desierto? ¿acaso para matar de hambre á toda la multitud?"¹ El Señor hizo entonces que lloviera el maná, y el maná es el símbolo de la Eucaristía.

¿Y cuáles son las almas á quienes Dios ha preparado el banquete eucarístico? Aquellas que van atravesando los caminos de la vida como si fueran caminando por un desierto; las que andan tristes á pesar de las locas alegrías del mundo; las que aman la soledad y le dicen al Señor como el Salmista: "¡Quién me diera las alas de la paloma! Yo volaría huyendo "y alejándome del mundo:"² aquellas almas, finalmente, que saben crear dentro de sí mismas un vasto desierto para morar ahí solas con su Dios. A estas almas dichosas les dá el Señor del maná eucarístico, en ellas viene Él mismo á habitar, ocultándolas en el secreto de su rostro y protegiéndolas contra las turbaciones y contradicciones de los hombres al abrigo de su Tabernáculo... ¡Señor! ¡bendito seas, porque en medio del desierto nos has preparado una mesa!

¹ Exod. XVI, 3.

² Ps. LVI, 7.